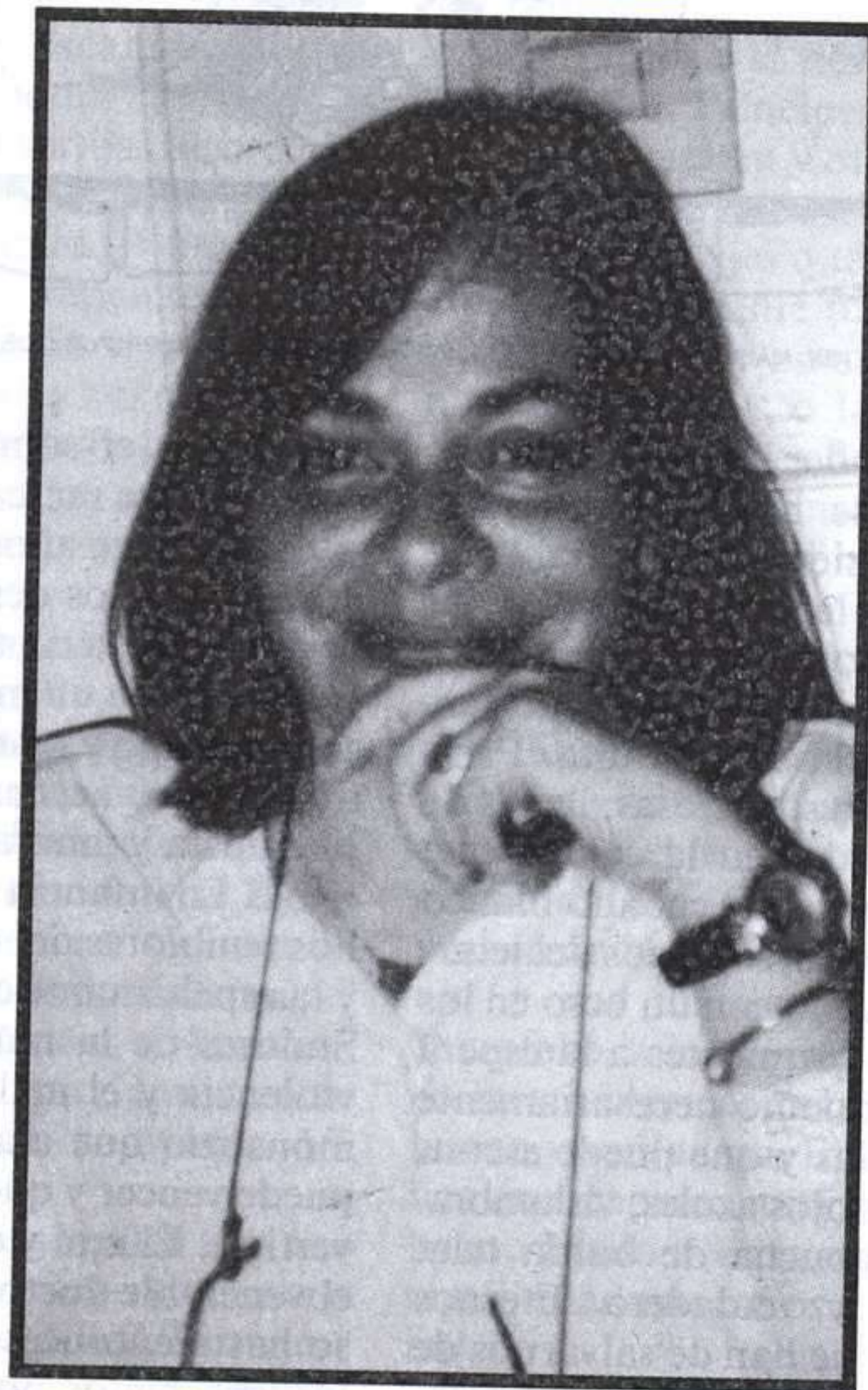


CRISTINA PERI ROSSI

# El deseo

por Cristina Peri Rossi



Llamó a la puerta una tarde de verano, a la hora de la siesta, cuando todos dormían. Las calles estaban desiertas, castigadas por el sol, se escuchaba el chillido de las chicharras en los árboles y el hormigón reverberaba, duplicando el borde de las cosas, como una lente de-

formante. Entonces, en Montevideo, a los mendigos los llamaban *bichicos*. Le pregunté a mi madre qué quería decir la palabra y me dijo que eran tan pobres que comían bichos. La explicación me impresionó, porque a mis escasos seis años, *bichos* eran los insectos: las hormigas, los mosquitos,

las luciérnagas y las lombrices. Yo comía todos los días carne de vaca, pero la vaca no era un bicho: era un animal. Una infinita piedad me invadió hacia los comedores de bichos, que, en su indigencia, no llegaban a comerse a un verdadero animal.

La hora de la siesta, cuando todos





J. JUNCEDA, LES MEMÒRIES DE MARIA VALLMARÍ, BARCELONA: BAGUNYÀ, 1937.

dormían, era el tiempo de la libertad y de la fantasía. Liberada de la presencia de los adultos, llenos de leyes, de normas y de prohibiciones, me sentía una exploradora, una investigadora, dispuesta a conocer el ancho mundo, y a hacer frente a los riesgos y peligros de tal empresa. Por eso, no

vacilé en abrir la puerta: corrí presurosa, dispuesta a dejarme sorprender por lo que fuera, maravilloso u horrible, pero siempre nuevo y desconocido. Los adultos dormían, y eso me permitía abrir la puerta sin precauciones, con espíritu de verdadera libertad, es decir, sin saber con quién me

encontraría. El hombre que había llamado era un *bichicome*. Se trataba del primer *bichicome* de mi vida; si había visto algún otro, fue de lejos y vagorosamente. Abrí la puerta con firmeza y lo vi, de lleno en el umbral: el cuerpo cubierto de harapos, unos papeles grises y sucios en el lugar de los zapatos, el rostro repleto de arrugas, las manos con costras y manchas oscuras. No era muy alto, tenía unos bellos ojos celestes y una expresión triste, desamparada, que me conmovió. Yo no conocía entonces la palabra *depresión* ni la palabra *melancolía*, pero la intuición me servía para entender, antes del lenguaje.

El hombrecito me miró (si aquella manera desvaída de posar los ojos celestes, acuosos podía llamarse mirada) y con un hilo de voz, tenue, me pidió:

—¿Tiene un yesquero<sup>1</sup> viejo?

Estaba acostumbrada a que los mendigos del portal de la iglesia o los que esperaban turno para comer o dormir en el Hogar de la Caridad pidieran monedas, y en mi casa, de emigrantes pobres, siempre se practicaba la caridad, pero jamás se me había ocurrido que un mendigo pidiera un yesquero viejo. Comprendí la firmeza de su deseo: algo que podía representarse y luego nombrarse; eso, y ninguna otra cosa del mundo.

Rápidamente me volví a la casa, dejando al *bichicome* en el umbral, con la puerta abierta, porque comprendí, también, que los deseos más fuertes son urgentes, imperiosos. No le dije nada: me volví como quien ha entendido su misión y la cumple con convicción. Sin embargo, mi voluntad de satisfacer el deseo de ese hombre enjuto y deprimido chocaba con una limitación: ¿dónde podía encontrar un yesquero viejo? A esa hora, mientras todos dormían, yo estaba acostumbrada a sostener una relación personal, intensamente subjetiva con el espacio, los muebles y los objetos de la casa; podía decir cuántos relojes había, a qué hora sonaban y dónde es-



taban, podía decir dónde se guardaban las bobinas de hilos de colores, los frascos de perfume y las alfombras de invierno, así como los potes de mermelada casera y los melocotones en almíbar, pero lo cierto era que yesqueros viejos no había en toda la casa, o por lo menos, yo no los había visto. Mientras volvía, presurosa, al interior de la casa, con su gran claraboya abierta, por el calor, recordé que mi padre fumaba, y por tanto, debía de tener algo así como un yesquero. Pero mi padre guardaba las cerillas o lo que fuera en sus bolsillos, y además, a esa hora, no estaba en casa. Bien: yo sabía que un cajón de la alacena, en el comedor, era de uso exclusivo de mi padre: allí guardaba los mazos de barajas, sus gafas para leer, los lápices de dibujo, y, quizás, pensé, con esperanza, algún yesquero viejo. Decidí saltarme la prohibición de abrir ese cajón y hurgar, pero algo en mi interior me decía que la búsqueda era inútil. De paso, mientras buscaba el yesquero viejo, iba acumulando en una bolsa todo lo que me parecía útil y aconsejable para la vida del *bichicome*: seguramente, pasaba hambre, de modo que metí en la bolsa todas las naranjas que encontré (mi madre decía que eran ricas en vitaminas), un gran trozo de queso, otro de jamón, varios limones, plátanos, el resto de una tarta de manzanas, una botella de licor, los calcetines que mi madre guardaba para remendar, varios pañuelos y todas las monedas de mi alcancía. Pero la tarea de recolectar ansiosamente comestibles y utensilios para el *bichicome*, era secundaria: yo, en realidad buscaba, aunque cada vez con menos esperanza, un yesquero viejo.

Revolví el cajón de la alacena con el furor de un ladrón que busca una sola, exclusiva pieza, pero fue en vano: allí no había ningún yesquero viejo. Robé, en cambio, una navaja de múltiples usos que me pareció imprescindible para la vida de *bichicome*. Me dirigí, algo desalentada, a la co-

cina: encontré varias cajas de cerillas, nada más. Pero debí de hacer ruido en mi búsqueda, porque de pronto escuché que en la habitación de los mayores comenzaba el movimiento.

Sin yesquero, pero cargada con todo lo que había podido reunir en mi vertiginosa exploración me dirigí a la puerta. Allí, pálido, silencioso, humilde, el *bichicome* esperaba.

—No encontré un yesquero viejo —me disculpé, atropelladamente—, pero en cambio, le he traído otras cosas —agregué, y abrí la bolsa.

Los plátanos asomaron su torso, el queso y el jamón lanzaron su denso olor, la tarta su aroma más dulce, y la navaja lucía sus múltiples brazos, pero el *bichicome* miró todo aquello con desilusión.

—¿No hay un yesquero viejo? —insistió el hombre, sin recoger la bolsa que yo le ofrecía—. Otras cosas no quiero —agregó.

Me quedé pensativa un instante. En ese instante comprendí vertiginosamente más sobre el deseo que años después, en los libros de psicología.

—Intentaré encontrar uno —le dije—. Vuelva mañana.

Yo tenía tan pocas esperanzas de encontrar un yesquero viejo, como él, y eso me desalentaba un poco (¿por qué la gente arrojaba a la basura sus yesqueros viejos, sin saber que alguien, un alguien cualquiera podía desearlos tan intensamente?), pero si algún día conseguía hacerme con uno, se lo iba a dar a ese hombre, como quien comparte un secreto. ■

#### Notas

1. *Yesquero*: mechero antiguo, provisto de una pequeña piedra, la yesca. (N. de la A.)

## Bibliografía (selección)



- Los museos abandonados*, Barcelona: Lumen, 1974.
- La nave de los locos*, Barcelona: Seix Barral, 1984.
- La tarde del dinosaurio*, Barcelona: Plaza & Janés, 1985.
- Europa después de la lluvia*, Madrid: Fundación Banco Exterior, 1986.
- Una pasión prohibida*, Barcelona: Seix Barral, 1987.
- La rebelión de los niños*, Barcelona: Seix Barral, 1988.
- Cosmoagonías*, Barcelona: Laia, 1989.
- El libro de mis primos*, Barcelona: Grijalbo, 1989.
- El museo de los esfuerzos inútiles*, Barcelona: Seix Barral, 1989.
- Babel Bárbara*, Barcelona: Lumen, 1991.
- La última noche de Dostoievski*, Madrid: Grijalbo-Mondadori, 1992.